

La sociedad alfanumérica [Alphanumerische Gesellschaft; 1989].
Vilém Flusser, Medienkultur. Cap.III, [41-60]

El tema "leer" puede ser entendido en un sentido amplio y en un sentido estrecho. En un sentido amplio significa el desciframiento de signos escritos, en general, y en un sentido estrecho el desciframiento de las veintiséis letras de nuestro alfabeto. Aquí se trata de un encuentro de la Academia Alemana de la Lengua y de la Poesía en cuyo centro está el hablar. Nuestro alfabeto son códigos que tienen como propósito poner de manifiesto el hablar: las letras son dibujos cuyos tonos (sonidos) recodifican (umkodieren) el lenguaje hablado al visual. Por consiguiente, aquí tendríamos que reflexionar el concepto "leer" en un sentido estrecho. Con ello, empero, no daríamos cuenta precisamente de la situación actual de la cultura. Pues nuestra situación se caracteriza porque aún no ha irrumpido el hecho de hacernos concientes de que las letras están perdiendo su función. Existen actualmente métodos más funcionales para poner de manifiesto los sonidos hablados y, también, métodos, que en general tornan superficial esta puesta de manifiesto.

La primera pregunta ha de ser por qué fueron introducidos signos visuales para los sonidos hablados. Por lo mismo no es posible divisar a primera vista por que uno no se satisface con signos que signifiquen ellos mismos el pensar, por tanto "ideogramas" en lugar del largo desvío a través del pensamiento hablado como es el caso con las letras. Una posible respuesta a esta pregunta es: nosotros los hombres tenemos la misteriosa capacidad de pasar a las generaciones venideras no solo las informaciones heredadas sino también informaciones adquiridas. Esta capacidad se haya en contradicción con nuestra condición biológica (con las leyes de Mendel). Nosotros somos capaces de cifrar las informaciones adquiridas en símbolos, de transmitir estos símbolos al medio y luego reclamarlo nuevamente desde allí. En efecto, con el objetivo de superar este condicionamiento biológico nos servimos de nuestros órganos biológicos dados, sobre todo de la extraordinariamente compleja boca y de las no menos complejas manos. Este hecho, el que nosotros seamos biológicamente capaces de sobrepasar nuestro condicionamiento biológico no contribuye en hacer menos misteriosa la cosa.

Desde que existen humanos (y por cierto mucho tiempo antes de la aparición de nuestro propio tipo humano), se empleaban la boca y las manos para transmitir símbolos al medio ambiente. Gracias a la coordinación de la lengua, los dientes, los labios, el paladar y la caja torácica se puso el aire en vibraciones y estas vibraciones se convirtieron en fonemas para significar informaciones adquiridas: se hablo. Y gracias a la coordinación de ambas manos y de sus dedos, objetos duros fueron transformados ("informados") (sobre todo piedras, huesos y maderas) para significar las informaciones adquiridas. Las informaciones transmitidas por el aire pueden ser denominadas "cultura oral" y las transmitidas por los objetos duros "cultura material". Se trata de dos soportes diferentes de la memoria. El aire tiene la ventaja de no ofrecer resistencia alguna a la impresión de las informaciones, pero para esto la desventaja, de estar abierto a los ruidos y por ellos de perder rápidamente las informaciones impresas en ellas. Los objetos duros tienen la ventaja de preservar las informaciones por largo tiempo, para ello la desventaja de ofrecer

resistencia a lo impreso y a través de esto de distorsionar las informaciones. La cultura oral es más articulada que la material, pero es huidiza, y la material es más duradera que la oral, pero menos dúctil. El alfabeto fue inventado para vincular las ventajas de ambas culturas y para minimizar sus respectivas desventajas. La biblioteca es un soporte de la memoria, que es a lo menos igual de articulado que la cultura oral, igual de duradero que la material. Sin duda disponemos actualmente de apoyos de memoria que son más ampliamente articulados y duraderos que las bibliotecas.

La mayor parte de las informaciones recogidas en la cultura oral se nos han perdido. Las disciplinas que se ocupan con su investigación no se extienden más allá de la época de bronce y no tenemos ninguna idea como nuestros antepasados paleolíticos han hablado. Todas las lenguas para nosotros alcanzables son códigos tardíos, complejos y refinados (también y ante todas, las así llamadas lenguas “primitivas”). Dicho groseramente podemos distinguir entre tres estructuras fundamentales de códigos lingüísticos: los lenguajes aglutinantes, los aislados y los flexionantes. Como sea que haya tenido un aspecto de un protolenguaje común y si acaso en principio existió, es algo que no lo podemos saber. El alfabeto ha sido introducido en la región de las lenguas flexionantes y hasta hoy se le emplea para otro tipo de lenguaje solo en forma poco cómoda. Las lenguas flexionantes (esto es las hamito-semíticas y las indo-europeas) forman enunciados (proposiciones, “frases”), y en efecto según el esquema “sujeto-predicado-objeto”, y con este fin emplean ellos palabras que se han adecuado a la estructura de la frase (por ejemplo allí donde se hacen sustantivos o verbos). Las palabras “se flexionan” para configurar proposiciones. Los lenguajes aglutinantes pegan palabras unas con otras mediante prefijos, infijos y sufijos para configurar conglomerados de significados. Los lenguajes aislantes disponen sílabas (con frecuencia de dos) en contextos y estos mosaicos portan el significado. Lo que significa que los lenguajes flexionantes cifran las informaciones en procesos, los aglutinantes en figuras, y los aislantes en escenas. Esta distinción es muy grosera porque los lenguajes son sistemas abiertos que interactúan. Existe también en la región de nuestro tipo lingüístico tendencias aglutinantes y aislantes (por ejemplo, por una parte “sociedad viajera de vapores del danubio” y por otra “put”, “get” o “let”) y sin embargo el carácter discursivo y fundamentalmente procesual de nuestro tipo lingüístico es decisivo para la invención del alfabeto: debe acentuar y disciplinar este carácter.

Las letras ponen de manifiesta no solo a los fonemas sino que los ordenan también en series (líneas). La mano que escribe tiene que estirarse a lo largo de las líneas y el ojo lector debe seguirla. El modelo para eso es el surco: la mano que escribe graba el surco y siembra la semilla, y el ojo lector selecciona el grano maduro. De allí que se llame al “escribir” (*scribere*, *graphein*) originariamente “rasgar”, “grabar” y al “leer” (*legere*, *legein*) originariamente “seleccionar”. Lo que significa que el pensamiento escrito y leído son obligados a avanzar de un modo procesual y lineal. Este ordenamiento lineal es formulado siempre de manera precisa, siguiendo siempre reglas mejor elaboradas. Si bien estas reglas están extraordinariamente ramificadas pueden ser concebidas bajo el nombre

colectivo ortografía, dentro del cual han de ser integrados la gramática, la lógica y la consistencia del discurso. Se puede por ello decir que, el alfabeto fue introducido para disciplinar el pensamiento procesual y para poder por fin hablar recién “correctamente”. Los lenguajes flexionantes pueden desarrollar efectivamente las posibilidades depositadas en ellos en primer término como lenguajes escritos.

Esta es una explicación radical de la invención del alfabeto. Ella dice: el alfabeto ha recorrido un largo desvío desde el pensar hasta la escritura a través del lenguaje, forzando al pensamiento a un discurso procesual, progresivo y disciplinado. Actualizando la tendencia retenida en los lenguaje flexionantes solo como una ocasión para una conciencia histórica. Es gracias a la invención del alfabeto que la historia en sentido propio se hace recién posible, y en efecto no porque el alfabeto fije los sucesos, sino porque de antes no era posible pensar ningún suceso sino solo acontecimientos. En virtud de esta explicación solo aquellos que son capaces de dominar el alfabeto disponen de una conciencia histórica. Esto es radical, porque esta interpretación no solamente priva de conciencia histórica a los analfabetos, sino a todas aquellas culturas no alfabetizadas. En lugar de esto a ellos se les permite otros modos de conciencia para nosotros inadmisibles. Desde interpretación radical del alfabeto han de partir las siguientes reflexiones, si es que ha de ser puesto en relieve también el que nosotros estemos a punto de abandonar la conciencia histórica (por tanto el leer en el sentido estricto de la palabra).

Al inicio de la historia y en el transcurso de gran parte de una sección de ella, el alfabeto se mantuvo reservado para una elite. El configuró un código secreto y solo aquellos que estuviesen iniciados en él disponían de una conciencia histórica. La mayor parte de la sociedad siguió orientándose en adelante en el mundo mediante objetos duros, sobretodo mediante imágenes y gracias al lenguaje hablado. Esto significa que, gran parte de la sociedad vivía en una conciencia mágica y mítica. Sería un error suponer que la historia haya sido una materia exclusiva de la elite y que a gran parte de la sociedad le haya quedado desapercibida. Hubo ciertamente entre la elite y la masa (entre los textos elitistas y las imágenes y leyendas populares) un feedback muy activo, gracias al cual el pensamiento histórico se cargaba siempre nuevamente con elementos mágicos y míticos, y el pensamiento mítico mágico siempre se fue convirtiendo en histórico. En este feedback, en esta “dialéctica interna” de la sociedad, uno puede reconocer en efecto la dinámica que impulsa a la historia. Mientras que los textos explicaban progresivamente las imágenes (las recodificaban en líneas alfabéticas), las imágenes siempre iban invadiendo los textos que ellas “explicaban” para “ilustrarlos”. De ese modo, el pensamiento conceptual alfabético se fue haciendo siempre más imaginativo y el de imágenes siempre más conceptual. Esto es clara y particularmente reconocible a fines de esta sección de la historia, esto es la Edad Media: la elite alfabetizada (la iglesia) se orientó efectivamente por medio de textos lineales (sobre todo de la Biblia y de Aristóteles) y por esto pensó históricamente (en el sentido de una historia sagrada), pero las imágenes y los mitos arremetían constantemente en su conciencia y tenían que ser incorporadas en un pensamiento textual (por ejemplo: como iluminaciones, capiteles o vitrales). Y la masa de los analfabetos se orientó mediante, imágenes, mitos y rituales

hondamente en su conciencia, de tal modo que las imágenes, mitos y fiestas se tornaron cada vez más históricos, conceptuales y “cristianos”.

Sin embargo el alfabeto no es ningún código “puro” sino que siempre porta en si ideogramas. El pensamiento de los escribientes de los *literatti* (hoy en día tendríamos que decir: de los intelectuales) no es únicamente procesual histórico, sino también calculador, formal y esta contradicción interna en la conciencia de la elite no ha sido efectivamente jamás superada. Dicho en otras palabras: nuestra sociedad no ha sido codificada únicamente de manera alfabética sino alfa-numéricamente.

Los primeros trozos de escritura que hemos preservado (tablillas de barro) muestran formas que representan pensamientos y no sonidos. Lo importante es el tipo de estos pensamientos: se trata de cuantificaciones. Por ello tomemos un ejemplo particularmente típico: cuando se hubo mas o menos realizado el paso del paleolítico al interior del neolítico, o sea de la vida cazadora y recolectora a la de plantadores y de criadores, y la gente se hubo asentado en las orillas de los ríos, surgió el problema de regular el curso de los ríos para evitar las inundaciones de los campos, pero también para conducir el riego de las plantas. Dicho brevemente, el problema de la canalización fue de relevancia vital. Se demostró que no era factible hurgar en el barro sin un plan (o dejar que los esclavos lo hiciesen). Era mucho más pertinente subirse a una colina (como subirse arriba del cerro de basura de la cocina) y observar desde allí la situación. Desde este elevado punto de observación se trazaron proyectos para futuras instalaciones de riego. En estos proyectos se trata de figuras que han sido dibujadas sobre ladrillos de barro. No eran replicas de fenómenos ya vistos, como era el caso de todas las imágenes anteriores. Eran imágenes de conceptos (ideogramas), y los conceptos aludían a fenómenos “posibles”, a fenómenos aún no realizados (canales por excavar). Las personas que habían inscrito estos proyectos en el barro, estos primeros geómetras, pensaron formalmente, formularon pensamientos: fueron los primeros intelectuales. Y puesto que ellos prescribieron a la sociedad la conducta (ofreciendo modelos para la construcción de canales), representan la primera forma de un gobierno “racional”. Este pensamiento codificado en figuras como rectas, círculos y triángulos anduvo siempre de la mano con el pensamiento codificado en procesos y discursivo de la elite alfabetizada. En el código alfabético se encontraron siempre signos escritúrales que articulaban estas formas cualificativas de pensar. En un sentido amplio podría llamarse a estos ideogramas “números”, porque aluden a conceptos mediante los cuales pueden medirse fenómenos y es por eso que pueda hablarse de un código *alfanumérico*.

Si bien con la invención del alfabeto se dio vida a la conciencia histórica y aunque esta conciencia se confrontase con aquella mítica mágica que la precedió, ella no llegó nunca a ser una conciencia puramente procesual. Siempre tuvo elementos formales y matemáticos en ella, lo que se muestra en que la escritura alfabética siempre tenía que incluir también números. Solo que ahora ya no se pueden unificar más en forma estructural uno con otro el pensamiento procesual y el formal. Como puede observarse en la lectura de los textos alfanuméricos: en la lectura literal los ojos van siguiendo las líneas, en la

lectura de figuras geométricas o aritméticas los ojos se mueven circularmente. Las figuras geométricas y los algoritmos configuran islas en las corrientes de las letras, son interrupciones del discurso. Esta dialéctica interna en la conciencia de la elite alfabetizada se expresa muy tempranamente como en la disputa presocrática entre Heráclito y Parménides: para el uno todo fluye y para el otro el ser es inmóvil.

Con la invención de la imprenta se expandió el alfabeto entre los ciudadanos y algo más tarde, con la introducción de la enseñanza obligatoria el alfabeto se transformó en un código disponible común, presente por doquier en la sociedad. Hoy en día estamos ahogados en una marea aún creciente de cosas escritas impresas de una forma cada vez más barata y despreciable. La conciencia histórica ha devenido en un sentido devaluado inflacionadamente un bien común, cualquiera puede leer letras. Con esto por supuesto no se ha logrado sacar del mundo la conciencia mítica mágica, sino que solamente se le ha reprimido y amenaza siempre con irrumpir de un modo desenfrenado. El pasado más reciente lo demuestra. Con esta democratización de la capacidad de lectura algo ambivalente, sin embargo, se ha puesto en marcha un cambio en la conciencia (y en la estructura de la sociedad) que es lejos más interesante.

El renacimiento puede ser considerado como una revolución de los habitantes de la ciudad (de los artesanos y los comerciantes) frente a la elite alfabetizadora (frente al obispo). Uno podría intentar explicar esta revolución desde el mercado. Antes salía el obispo todas las mañanas de la catedral a la plaza del mercado, para criticar las mercancías allí expuestas mediante textos (como la Biblia) y para establecer su “correcto” valor de cambio (*praecium iustum*). Después el mercado se hizo “libre”, lo que significa que los valores de cambio se regulan desde sí, de un modo cibernéticamente, por ejemplo según la oferta y la demanda. Desde el punto de vista del obispo los objetos artesanales que habían sido puestos en el mercado como los zapatos o las vasijas, eran más o menos copias perfectas de las ideas eternamente invariables (algo así como el ideal de zapato y el de vasija), y su valor era el grado de perfección que alcanzasen estas copias. No obstante, desde el punto de vista del artesano estas artesanías fueron configuradas según las ideas del productor, y estas formas podían ser mejoradas. De allí que los artesanos negasen la autoridad del obispo (y con ello de la iglesia en general), para criticar los productos que habían sido puestos en el mercado. Este distingo en la actitud ante las ideas (las formas) es la verdadera raíz de la Época Moderna, modernidad.

Para la conciencia escritural, tanto para la clásica como para la cristiana, se ciñe sobre nosotros un texto trascendente que podemos leer, y conforme al cual nos hemos de conducir. En este texto se han conservado inmodificadas todas las informaciones (formas, ideas), y podemos gracias a la teoría y/o a la creencia contemplar este texto leyéndolo. (Esto es aún más claro en el Islam: lo escrito, *maqṭup* puede ser leído y el Corán es la llave para descifrar el texto, del destino.) Sin embargo, para los artesanos revolucionarios las informaciones se configuran en el transcurso generalmente de la praxis: el trabajo es la fuente de todos los conocimientos, vivencias y valores. Como deba ser una vasija no es

algo que deba ser leído en cualquier parte, sino que viene a resultar recién cuando se toma la arcilla en la mano y se la trabaja. Y mientras más vasijas se hagan a lo largo del tiempo, tanto más mejor se podrá establecer como ellas deban ser. Las informaciones (formas, conocimiento, valores) no son eternamente invariables, sino que son progresivamente mejorables: ellas son modelos.

Para los escribientes la teoría es una lectura contemplativa de formas invariables. Ella se ha convertido ahora en una actividad: tiene modelos que proponerle a la praxis y estos modelos son progresivamente mejorables por medio de la praxis. Con ello entra la teoría en una doble contradicción: por un lado ha de ser puesta en observación -ella ha de ver lo que pasa en el taller; y por otro lado ella ha de ponerse ante el experimento -ella ha de ver lo que sucede en el taller cuando se emplean allí los modelos propuestos. Esta contradicción entre la teoría y la observación por un lado, la teoría y el experimento por el otro, conducen a la ciencia moderna, a la técnica moderna, a la revolución industrial y al mundo en el que actualmente vivimos.

Los teóricos que se instalan en adelante en el taller y en la industria tienen modelos que entregar para la praxis. Tienen que proponer formas para el tratamiento de los objetos. El conjunto de los objetos puede ser llamado "naturaleza" de modo tal que se pueda esperar de los teóricos instalados ante todo ciencia natural. Ante todo se establece que la naturaleza no es fácilmente describible, pero que ella es muy calculable; que los números son para ella más adecuada que las letras; que el texto de la naturaleza -si se quisiera ver a la naturaleza de la traducción efectivamente como un texto- no parece estar escrita en letras, sino en números. De allí que los teóricos (y más tarde en general los intelectuales) han de abandonar la escritura y lectura de letras a favor de la escritura y lectura de números. Y por tanto, mientras que la sociedad en su totalidad lee cada vez más letras, los intelectuales se concentran sobre números y se transforman a partir de esto (por así decir, por detrás) nuevamente en una elite dominadora en posesión de un código secreto, por ejemplo del código digital. O dicho de otro modo: mientras la sociedad en su totalidad se torna cada vez más consciente históricamente, la elite abandona este nivel de conciencia y comienza a pensar formalmente.

Ya en los comienzos del Renacimiento (ya con Nicolás de Cusa) se distinguen las ventajas del pensamiento matemático en comparación con el pensamiento histórico. Pero la problemática de éste pensamiento viene recién a ser atrapada efectivamente con Descartes. Brevemente podemos sintetizar esto de la siguiente manera: el pensamiento de números es más claro y distinto que el pensamiento de letras, porque las letras se funden unas con otras, mientras que el número se separa de cada otro mediante un intervalo claro y distinto. De allí que la cosa que piensa (*res cogitans*) clara y distinta sea una cosa aritmética. Frente a esto la naturaleza como contexto de objetos es una cosa que se extiende (*res extensa*) sin intervalos. Si coloco la cosa pensante en la cosa extensa (*adaequatio intellectus ad rem*) corro el peligro entonces de que la cosa extensa se me escape por los espacios de la pensante. No obstante, esto puede ser remediado: yo puedo fichar cada punto de la cosa extensa con números. La geometría analítica es una recodificación

(Umkodieren) disciplinada de la geometría en aritmética, que permite manejar y conocer la naturaleza. Con todo posteriormente ha quedado establecido, que con ello los intervalos entre los números no han podido ser eliminados: los puntos que no han sido fichados se escapan de todos modos, y no llegan a ser concebidos. De ahí que Newton y Leibniz zurcen los intervalos (integran las diferenciales) mediante números de un orden más elevado. Gracias a estas ecuaciones diferenciales pueden ser atrapados ahora en principio todos los puntos del mundo, lo que significa que todos los procesos pueden ser expresados en formulas. El pensamiento histórico procesual es sometido al calculador formal, a costa de un código numérico que la sociedad en su totalidad no puede leer y que por ello mismo ha de seguir ciegamente como una vez lo hicieran los analfabetos con los textos de los *literatti*. Los números que se han emancipado de las letras son ordenados en un código cada vez más refinado y de reglas que se perfeccionan constantemente, y estos códigos son ilegibles para la sociedad.

Al comienzo de nuestro siglo parecía que estuviésemos al borde de la sabiduría y dominio total de las ciencias. Todo podía ser formulado (reconocido) por ecuaciones diferenciales y las ecuaciones podían ser empleadas como modelos de trabajo (todo era factible). Esta es la verdadera razón para el optimismo cultural de nuestros padres. Pero para emplear ecuaciones diferenciales ellas tendrían que ser codificadas otra vez (rückkodieren) a los números fundamentales (a números “naturales”) ellas tendría que ser numeradas. Lo que es desde un punto de vista teórico obviamente posible. Pero se ha comprobado que con ecuaciones complejas esto puede tardar muchos (más allá de una vida humana) y en ecuaciones aún más complejas sería mas larga que la duración prevista del universo. Puesto que la mayoría de las ecuaciones interesantes son muy complejas, se ha comprobado que ellas no son de ninguna utilidad en la práctica. Continúan existiendo problemas insolubles. Esa es la razón verdadera de nuestro pesimismo cultural.

Con el fin de acelerar el cálculo de las ecuaciones diferenciales fueron inventados los computadores. Con ello se ha logrado en efecto manipular una serie completa de problemas anteriormente insolubles (con ello la competencia del hacer ha aumentado considerablemente), pero los problemas fundamentales son en adelante demasiado complejos como para poder ser resueltos con la velocidad del computador. Por otro lado, en conexión con los computadores se han producido hechos completamente inesperados de los cuales estamos muy lejos de llegar a dominar.

En principio se ha mostrado que con la velocidad de cálculo alcanzada con los computadores todos los métodos de cálculo elegante elaborados en el transcurso de la Época Moderna se han vuelto superficiales. Basta con que se opere de manera bien primitiva con dos números básicos (1 y 0). Basta con “digitalizar”. El nivel de la conciencia calculadora, matemática se tornó mecanizable y con ello transferible del hombre a las maquinas. De ahí en adelante nosotros no tenemos que escribir ni números ni leerlos, pues esto se ha transformado en una actividad indigna humanamente hablando. Por el contrario, es nuestra tarea manipular la estructura del universo numérico

(programar las maquinas para el cálculo). Este paso hacia atrás que va desde el numerar y previo al análisis y síntesis de las estructuras, abre un plano para el pensamiento formal que es francamente vertiginoso. Un pensamiento de ese tipo tiene que elaborar códigos para articularse. Este código exige una iniciación prolongada y los iniciados en ello configuran una elite social. Ciertamente podemos observar como los niños trepan lúdicamente este nuevo nivel de conciencia y se sientan fascinados frente a sus computadores, no obstante tengamos la sensación que estos niños son dirigidos por programas de los que no tienen ninguna idea. El concepto de la "caja negra" (de un instrumento ciertamente útil en general, pero no por ello transparente) comienza crecientemente a aumentar en significado.

En segundo lugar se ha comprobado que los computadores no solamente calculan, sino que sorprendentemente también computan. Ellos desarman los algoritmos no solamente en números (en bits puntuales), sino que reúnen también estos bits en figuras, por ejemplo, en líneas, en superficies (en el futuro también en cuerpos, en cuerpos que se mueven), pero también en tonos. Estas figuras pueden ser combinadas una con otras por ejemplo, conformando cuerpos que se mueven con sonido y en colores; mundos totalmente alternativos han sido computables a partir de números. Estos mundos vivenciables (estéticos) deben su producción al pensamiento matemático, formal. Lo que tiene como consecuencia que no solamente los teóricos científicos y sus técnicos que aplican sus teorías tienen que aprender el código de este nuevo nivel de conciencia, sino en general todos los intelectuales (y sobre todo los artistas), si es que quieren tomar parte en la empresa cultural del futuro. Quien no pueda leer los nuevos códigos es un analfabeto a lo menos en un sentido radical como lo fueran aquellos no documentados en la escritura en el pasado.

Lo decisivo para nuestro tema en estas reflexiones es que los nuevos códigos computacionales son ideográficos, por tanto los códigos han roto el nexo entre pensamiento y lenguaje. La nueva elite piensa en números, en formas, en colores, en tonos, pero cada vez menos en palabras. Las reglas de su pensamiento son matemático, cromático, musical, pero cada vez menos "lógico". Es un pensamiento cada vez menos discursivo y cada vez más sintético, estructural. Tras el abandono del alfabeto los números no solamente dejaron "atrás" el pensamiento histórico, sino que han desarrollado un concepto de tiempo completamente no histórico (como se expresa quizá matemáticamente en la segunda ley de termodinámica). El pensamiento causal histórico es apartado como un pensamiento estadístico calculador. El pensamiento elitista se ha emancipado de la estructura discursiva de nuestro lenguaje, y conoce, vivencia y valora el mundo y así mismo no más como procesos, sino como computaciones, algo así como convexidades de campos de relación. La lectura de letras va ha ser considerada en el futuro como un síntoma de mentalidad atrasada, como por ejemplo, el pensamiento mítico mágico en la Época Moderna.

Desde ésta perspectiva podría rotularse la situación actual quizá de la siguiente manera: una elite, cuya tendencia hermética es reforzada continuamente, proyecta modelos de conocimiento, de vivencia y de

comportamiento con ayuda de las así llamadas “inteligencias artificiales”, las cuales son programadas por esta elite, y la sociedad se guía por estos modelos ilegibles para ella, pero acatable. Y puesto que los modelos no son transparentes (“caja negra”) para la sociedad, ella no es ni siquiera una vez del todo conciente de ser manipulada de esa manera. En el así llamado “mundo desarrollado” la sociedad es capaz de leer letras de disponer de una conciencia histórica, pero esto es una desventaja para ella: ella intenta analizar su propia situación según criterios históricos, sin embargo estos no son los más adecuados para su situación. En cambio, en los así llamados países en desarrollo, la sociedad, en general, esta recién intentando entrar en la historia (aprender a leer, aprender a manipular letras), y respecto del análisis ofrecido hasta ahora esto vendría a ser directamente cómico, sino fuera tan trágico. Dicho brevemente el hablar de lenguaje y la recodificación de las lenguas en letras ha llegado al punto de hacerse superficial (e incluso contra productiva).

Con esta afirmación algo apocalíptica se traslada la reflexión en la consideración de nuestras lenguas y de los textos que ellas ponen de manifiesto. La afirmación apocalíptica dice que nosotros habríamos llegado a la situación de abandonar nuestros lenguajes y literaturas (entendidas como conglomerados de letras), o a lo menos de ser presa de un embrutecimiento banalizante. Esta afirmación no es aceptable de esa manera, y ciertamente ya no lo es porque con nuestros lenguajes y nuestra literatura habríamos abandonado uno de los más preciados de nuestros bienes que nos fuera legado por nuestros antepasados. Por ello queda claro cual ha de ser la función de una Academia Alemana de la Lengua y la Poesía: cuidar y multiplicar este patrimonio del ámbito de la lengua alemana a pesar de la tendencia general.

El hecho que ya se haya hablado siempre no es ningún motivo suficiente para suponer que el futuro también se seguirá hablando. Por ejemplo, por mucho tiempo se ha cazado renos y está moda ya no existe más. Además este no sería ningún argumento para un compromiso de esta academia: como si ella fuese equivalente de una academia de talladores de huesos de oso. Al contrario, es justamente en el hecho del abandono del lenguaje y de la escritura alfabética, en el ámbito de lo pensable, donde reside el argumento decisivo de compromiso para esta empresa académica.

Todos hemos aprendido un lenguaje en nuestra temprana niñez (la así llamada lengua materna). Estamos preprogramados biológicamente para el hablar, pero no para el hablar un lenguaje específico. Con el aprendizaje de una lengua se incorpora sobre nuestro condicionamiento biológico uno cultural. Este es un proceso ambivalente, por el solo hecho que nos saca de nuestro significado biológico, pero también nos separa de gran parte de la humanidad que habla distinto, y por cierto nos separa de un modo más fuerte a como lo hacen todos los otros restantes códigos culturales (que el dibujar, el cantar o el calcular). A pesar de esta violenta desventaja del hablar, de la que nosotros debiéramos ser siempre concientes, el lenguaje nos sitúa en una, para nosotros, incalculable corriente de informaciones adquiridas –de conocimientos, de vivencias y de valores, que han sido adquiridas por innumerables generaciones y que se han confiado al lenguaje, y esto no solo en aquello *que* el lenguaje dice, sino también en el *cómo* expresa esto. Incluso

la estructura de nuestro lenguaje es un almacén de una experiencia arcaica siempre renovadora. Si se observan los lenguajes desde este punto de vista, entonces se reconoce en ellos un triunfo de la voluntad humana, de querer otorgarle un sentido al mundo y a la vida en él contenida.

Algo más tarde (quizá en el sexto año de vida) aprendemos a leer y a escribir. Se ha comprobado también que esta actividad, que en apariencia es totalmente cultural, se haya también de alguna manera preprogramada en el cerebro, quizá fue programada allí de parte la cultura. Se trata en este aprendizaje no solamente de poner de manifiesto el hablar, sino también de lograr una mirada profunda en él. Con el leer y el escribir tomamos distancia del lenguaje: este ya no es más un medio, a través del cual nosotros expresamos algo, sino que él se convierte en un objeto sobre el cual nosotros imprimimos letras. Esta distancia del lenguaje gracias a la cual el se convierte en un objeto, caracteriza el escribir.

Con el escribir se trata de un gesto lleno de contradicciones. Por un lado siente el lenguaje, como este empuja desde su propio interior y clama por ser escrito. Y por otro lado asimila él el lenguaje: quien escribe no solamente se articula así mismo, sino también en el dialogo con otros. El escribiente intenta comprimir las letras en concordancia con las reglas de la escritura frente al lenguaje, y éste se le resiste. La explicación para esta maliciosa resistencia del lenguaje frente al escribiente es el hecho de que las letras y las reglas de la escritura del lenguaje hablado no se correspondan del todo. Las letras no son signos de sonidos hablados espontáneamente, sino sonidos convencionalizados, y las reglas de la escritura no son las reglas del hablar, sino que ellas han sido derivada y perfeccionadas a partir de estas reglas. No se escribe en lenguaje hablado, sino un lenguaje que ha sido “bien temperado” propiamente para este escribir. Con la lucha del lenguaje en contra del escribiente se distorsiona el lenguaje y se retuerce, y se adentran en ello, desde entonces hasta ahora, unas invisibles posibilidades lingüísticas. La escritura realiza estas virtualidades latentes.

En este punto sería conveniente decir unas palabras respecto del tema del “arte poético” (Dichtung). El “arte poético” es comprendido a menudo en el sentido del concepto griego de “poesía”. Poesía (*poiesis*) alude a la presentación de algo nuevo. No está ligado al hablar. En este sentido las computaciones actuales son extraordinariamente poéticas: los mundos alternativos computados pueden ser vistos directamente como ejemplos de una *poiesis* que nunca estuvo ahí con anterioridad; recién cuando uno sea liberado del lenguaje puede desplegarse efectivamente la poesía en este sentido. La palabra “Dichtung” no es griega, sino latina: alude a *dictum*, lo dicho. “Dichtung” significa: algo que antes no había sido dicho hacerlo decible, llevar a la realidad efectiva una posibilidad lingüística. Con el escribir ha quedado comprobado como muchas e innumerable posibilidades se encuentran latentes en los lenguajes y como estas posibilidades pueden ser realizadas por los escribientes; de que manera es capaz el escribiente de ampliar ilimitadamente el universo de lo decible y con ello de lo reconocible, vivenciable y valorable, cuan creativo puede ser él en todos los niveles del lenguaje: desde lo fonético y sintáctico, por sobre lo rítmico y lo semántico hasta el nivel del discurso.

El arte poético no es sólo localizable en texto así llamados específicos, sino por doquier en la literatura. El peculiar frenesí con que puede ser sobrecogido el escribiente, caracteriza a toda escritura consciente y presumiblemente, muy en particular, a la escritura de los textos filosóficos y científicos. Si tuviésemos que abandonar la escritura de letras (y la ciencia ha llegado ya casi a ese punto), entonces este peculiar frenesí se perdería a favor de la poesía computarizante.

Con la lectura de textos somos puestos y exigidos hacia un movimiento doble: primero que todo tenemos que seguir las líneas, para captar con el punto final la información que se nos ha dirigido, depositarla en nuestra memoria y allí procesarla. Y luego tenemos que recorrer en el sentido contrario las líneas, para captar la dinámica detrás de la información (la intención del escribiente) y con ella entrar en un diálogo. En la actualidad es muy raro que se lea empleando este método; el texto se recorre solamente por encima. Esta es la razón de la desesperación del escribiente y el argumento para el abandono del escribir y del leer. Es una consecuencia de la inflación del texto. Es digno de hacer notar que ni algoritmos ni programas computacionales puedan ser leídos por encima de esta manera irresponsable.

Pero sigue habiendo personas que habitualmente son capaces de leer correctamente los textos de letras. (Por lo demás es una de las tareas de la academia de mandar una lectura tal). El primer movimiento de ir pasando las líneas hasta el punto final y más allá hasta la reflexión muestra el carácter diacrónico lineal del discurso de tales informaciones a diferencias de los algoritmos y de las imágenes no se trata aquí de informaciones que son primeramente recibidas y que deben ser analizadas para poder ser en principio recibidas. La lectura de letras exige un esfuerzo más grande que la lectura de ideogramas, es más incomodo. Por eso hace imposible una recepción no crítica de las informaciones. El perseguir las líneas es una gimnasia crítica del pensamiento. Sobre ello reposa el temor de un crítico cultural de que con la lectura de letras se vaya a perder también nuestra capacidad crítica.

El segundo movimiento en dirección contraria es más raro que el primero y por eso que se presenta más escasamente que el primero. Se trata con ello del intento de ir atravesando a través del texto (y quizá también entre líneas) hasta el escribiente, y pasando por en medio de él hasta su trasfondo. Una larga serie de disciplinas (como la filología, la crítica de textos, la psicología, la sociología) se esfuerza en configurar esta segunda vía de lectura. Es importante hacer notar que, tales disciplinas no pueden ser empleadas con informaciones computarizadas, digamos con imágenes computacionales sintéticas o con algoritmos programadores. Los que son ya en su fabricación informaciones que han sido analizadas a fondo, y no tiene sentido querer reanalizarlas. Un análisis psicológico de la imagen de un computador es un mal entendido historicista. A eso es a lo que se refiere Wittgenstein con la afirmación de que es un sin sentido preguntar por el motivo del enunciado "uno más uno es dos". Con el abandono de la lectura de letras se ha ido perdiendo una dimensión completa de los así llamados "análisis fundamentadores". A diferencia de los textos alfabéticos los nuevos medios son completamente superficiales (totalmente sin trasfondo), son fácilmente

captables, pero para ello intransparentes para quienes no puedan leer sus códigos.

Con esto hemos introducido algunos argumentos de la conservación de las letras. Pero son insuficientes; se puede replicar a la lectura de las letras de que es un método absolutamente superado de fijación de lo hablado, con cuya tarea el hablar de ninguna manera se va perdiendo, sino que recién se despliega correctamente. Los argumentos que esgrimidos a favor de la concentración de las letras son por cierto en el fondo argumentos de la conservación y multiplicación del lenguaje y la poesía – como si las letras fueran el único método para ello (o por lo menos el mejor). Pero esto no es cierto, los discos y las grabaciones pueden retener mejor los lenguajes que las letras. Las letras conservan solamente algunos propios parámetros del hablar y pierden muchos otros (como todos los parámetros de voz), que los discos y grabaciones pueden conservar fielmente tanto como lo literal. Además los soportes de memoria audiovisual (como films o video cassettes) no solo pueden resguardar el lenguaje de los hablantes, sino también sus gestos lingüísticos, que no son ajenos al significado de lo dicho.

Estos son fuertes contra argumentos, pero tampoco hay que entregarse a ellos. En efecto las letras, tal como fueron puestas en el teclado de las maquinas de escribir (de los progresivos *Word processors*), emana una peculiar fascinación. Las letras corresponden a uno de los más antiguos cultuemas que hemos conservado. No obstante se hayan ramificado en los últimos tres a cinco siglos en distintos alfabetos, aún es posible divisar en ellos su forma originaria. La A muestra todavía los cuernos del toro siríaco, la B muestra todavía las cúpulas de las casas semíticas, C (G) muestra todavía la joroba del camello en el desierto de Oriente próximo. En el trato con las letras aún nos encontramos ligados con el origen de nuestra cultura, incluso si es que estas letras aparecen en la pantalla del computador. La pérdida de la lectura de letras sería un quiebre en la tradición, de cuya radicalidad no somos siquiera capaces de concebirla, nuestra cultura se habría transformado literalmente en otra (esto es una iletrada). El contra argumento contra el contra argumento dice, según esto: puede ser, que la lectura de letras se haya transformado en algo innecesario para la conciencia actual, y también innecesario para un pensamiento orientado lingüísticamente frente a esta nueva conciencia. Pero esto dice únicamente, que la lectura de letras se ha hecho un lujo que solo algunos podrán darse (una elite venidera de *literatti*). Y nosotros, los que estamos aquí reunidos, somos capaces de darnos ese lujo, no porque seamos “reaccionarios” que no aceptamos las nuevas técnicas, al contrario: nosotros nos damos el lujo de leer letras, precisamente, porque las nuevas técnicas lo hacen innecesario. Pues las nuevas técnicas transforman la lectura de letra en aquella actividad que ella era originariamente: una empresa cómoda, contemplativa y elitista. Leemos letras no porque se algo de utilidad, sino al contrario, para escaparnos del negocio utilitario. Y esto es lo que dice también originariamente la palabra “academia”: un lugar para la inspección. Gracias a las nuevas técnicas comienza nuevamente a academizarse la lectura literal.